



AZORÍN

**El «Quijote» de Avellaneda
Microscopio**

Don Emilio Cotarelo descuella por modo eminente en la erudición española. Su folleto «Sobre el "Quijote" de Avellaneda y acerca de su autor verdadero» es importantísimo. Cotarelo demuestra incontrovertiblemente que el «Quijote» de Avellaneda ha sido impreso, no en Tarragona, como reza la portada, sino en Valencia. Cotarelo se señala como autor del falso «Quijote» al valenciano Guillén de Castro. Las razones que aduce Cotarelo son poderosas. Examinemos con el microscopio el «Quijote» de Avellaneda. La geografía de la primera mitad del libro es la siguiente: Argamasilla, Ariza, Ateca, Zaragoza. La geografía de la segunda mitad: Sigüenza, Alcalá de Henares, Madrid, Toledo. En la primera parte del libro vemos un melonar en Ateca -un melonar guardado por un hombre con un lanzón, que está en una cabaña-, la plaza de Ateca, la casa de mosén Valentín, en que estamos dos veces; un aposentillo, en Zaragoza, donde dormía Sancho, con una ventanita por donde entra la claridad de la aurora. El melón es fruta predilecta en esta primera parte. Entre otras cosas, encontramos en el falso «Quijote» estas: un medio chuzo de viñador, una mesa pequeña, un carro, un serón de basura. Sancho habla por dos veces de los zaragüelles. El ambiente de la obra es profundamente eclesiástico. En la plaza de Ateca se encuentran, entre la gente, seis o siete clérigos. Dos clérigos llegan a casa de mosén Valentín cuando en ella está Don Quijote. El protagonista del cuento «El rico desesperado» entra en una Orden monástica. La protagonista del otro cuento «Los dos felices amantes» es priora de un convento. De vuelta de

Zaragoza, Don Quijote y Sancho se encuentran, sesteando en una espesura, a dos canónigos del Sepulcro de Calatayud, Sancho se acuerda de cuando, siendo muchacho, encendía en la iglesia las candelas y escurría las vinajeras. Sancho dice: «Gloria tibi, Domine». Sancho encarece la redondez de ciertos objetos diciendo que son más redondos que hostias. Sancho habla de la manceba del abad, la amiga del cura, el ama del vicario y el rufo del sacristán. Nada de esto atañe al clero regular. Indudablemente, el abad que se menciona aquí es dignidad secular y no monástica. Invocaciones de Sancho en sus charlas: San Jorge, Job, San Lázaro, San Francisco, Moisés, la Santísima Trinidad, la Pasión del Señor, San Pedro, Poncio Pilatos, las parrillas de San Lorenzo, San Julián, ahogado de los cazadores; San Bartolomé, Jesús Nazareno, San Longinos benditísimo, otra vez las llaga, del señor San Lázaro, San Quintín, nuestro padre Adán, Sodoma y Gomorra, Noé, Barrabás, Anás y Caifás, el gigante Goliat, Santa Susana, San Antón, San Martín, el Anticristo, Santa Bárbara, Abraham, los Evangelios del señor San Lucas, Judas, Nuestra Señora de los Dolores, Jonás y su ballena.

Hay detalles en el libro que un novelista, un Balzac, un Galdós o un Baroja no podrían acaso imaginar. La priora de un convento espera el instante de ir a maitines. Viene a avisarla una monja. Toma esta monja el candelero que está en la celda, sobre la mesa, y va delante alumbrando por los claustros. El santo Rosario es exaltado reiteradamente. Sancho tiene un tío en el Toboso que es por segunda vez mayordomo del Rosario. En una iglesia hay un retablo del Rosario. Don Gregorio, personaje de «Los dos felices amantes», lleva, siendo penitente, un rosario en el bolsillo. Sancho jura por «la procesión del Rosario». Dos veces vemos a Don Quijote en su pueblo ir a la iglesia con el rosario en la mano. Los dominicos son evocados repetidamente. De los dos o tres libros que lee Don Quijote, uno es la «Guía de Pecadores». Lo escribió, como es sabido, un dominico. Se habla en la novela de «la insigne y grave religión de los Predicadores». Encontramos un predicador «eminente en doctrina y espíritu» que es dominico. Trabamos conocimiento con otro dominico de «soberano espíritu». El protagonista de «El rico desesperado» entra en la Orden dominicana. El libro, en su primera mitad, da la sensación de cosas vistas, vividas. Hay en esas páginas sentido exacto de localismo. En la segunda mitad no se percibe el mismo sentido local. Acaso el autor es persona que ha frecuentado mucho las tierras de Valencia y Aragón. Valencia tiene y ha tenido siempre trato frecuente con Aragón. Cuando Sancho nombra los zaragüelles y surge en el libro el serón de basura inevitablemente se nos presenta la figura de un «femater». Sancho debió de ser monaguillo en su niñez, y luego siguió su vida como labrador. A la manera de un «llauraor» o «llaurisio» se suele expresar. En el discurso del libro recogemos recuerdos de Toledo. Aquí están el puente de San Martín, la Alcana, la tarasca. El castillo de San Cervantes es nombrado dos veces. Indefectiblemente, toda esta caudalosa corriente eclesiástica había de ir a desembocar en el gran emporio eclesiástico. En Toledo, entre innumerables conventos, se encuentra el de dominicas de Santa María de las Nieves, el de dominicos de Santo Domingo el Real y otro de dominicos también, de San Pedro Mártir.

El estilo del falso «Quijote» es sencillo, claro, limpio. Lo matizan

expresivamente modismos y voces pintorescas. Cada siglo tiene su estilo. Uno de los dos cuentos que se insertan en la novela, el de «Los dos felices amantes», es una verdadera joya literaria. Todo es en esa obrita perfecto: la composición y el estilo. El estilo de ese cuento puede servir de modelo, maravilloso modelo, de prosa del siglo XVII. Mejor no la ha escrito nadie. Se suelen censurar las inconveniencias que aparecen en el «Quijote» de Avellaneda. Esas inconveniencias eran comunes a todos los libros del siglo XVII. Las hay en el «Buscón», en las novelas de doña María de Zayas, en el propio «Quijote» de Cervantes. Nada más repulsivo -digámoslo con entera sinceridad- que las cámaras de Sancho, sobre las que hace chistes Don Quijote, y las vomitonas del mismo Sancho. El protagonista de Avellaneda da la impresión de un hombre que está en todo momento representando una parodia. No podemos tomarlo en serio. El protagonista de Cervantes tiene una dignidad natural que se nos impone. La diferencia que existe entre uno y otro «Quijote» es la misma diferencia que hay entre el «Quijote» de Cervantes y los demás libros de su tiempo. El «Quijote» de Cervantes es único en su tiempo y en su nación. En el «Quijote» de Cervantes percibimos algo que no percibimos sino rarísimamente en los autores de las demás literaturas europeas. Sólo en Francia lo percibimos en Molière. El «Quijote» es cosa no literaria, sino sentida. Todo esto no es literatura -como en el falso «Quijote», como en casi todos los demás libros del tiempo y de todos los tiempos-, sino sentimiento hondo, real y perdurable. En los demás libros encontramos autores, y en Cervantes y Molière, además de autores, encontramos hombres. En el «Quijote» de Avellaneda, a pesar de su ambiente clerical, respiramos un ambiente grato de libertad. Ni defensa de la expulsión de los moriscos. Ni Inquisición. Ni sumisiones respetuosas al rey. Los dos cuentos intercalados lo han sido para condenar a los que abandonan el claustro. Pero esos cuentos no prueban nada. Como decía Flaubert, a un desenlace se puede oponer otro. Si el rico desesperado hubiese procedido con cautela, no hubiese ocurrido la tragedia. Si los dos felices amantes hubieran sido moderados en sus gastos, dichosos hubieran vivido en el mundo. En la dedicatoria de la obra se dice que el libro ha sido trabajado «contra mil detracciones». No creemos que el deseo de pecunia haya sido el móvil del autor. Se sabía que el autor estaba escribiendo el libro. Gentes que le rodeaban -acaso en un convento, en un convento de dominicos- reprobaban el intento. Y lo reprobaban por profano. El mayor favor que se le ha podido hacer a Cervantes es la publicación de este «Quijote». Contamos con él con un contraste para apreciar en todo su valor, su inmenso valor, el «Quijote» de Cervantes. En situaciones análogas vemos cuál es la posición de un hombre no genial y cuál la de un genio. Don Emilio Cotarelo nos presenta la figura del hermano de Guillén de Castro, el dominico fray Francisco de Castro. Aceptamos las conclusiones de Cotarelo, pero damos a este dominico una parte principalísima en la redacción de la obra.

Azorín

Ahora, 24 de julio 1935

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como voluntario o donante , para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca Virtual Universal www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario

